

Edwin LIEUWEN: *Mexican Militarism. The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1968. xiii, 194 pp.

Hay historiadores que relatan la vida de un hombre, un pueblo o una época. Hay otros que, por el contrario, se interesan en estudiar las raíces y el desarrollo de un fenómeno social a través del tiempo. En los Estados Unidos esta última escuela se encuentra en boga. No por mera coincidencia, los intelectuales de ese país tratan de elaborar una teoría que explique los mecanismos de la violencia social y de los movimientos revolucionarios.

Entre las supuestas ventajas de este enfoque al estudio de la historia, se menciona la objetividad científica que implica el analizar episodios provenientes de la experiencia de diversos pueblos, independientemente de intereses nacionalistas. También se habla de dar a la historia una función pragmática como reguladora de los fenómenos sociales, una vez que las hipótesis de trabajo prueben su validez.

De hecho, se trata más bien de la proyección a otras culturas de las preocupaciones y valores de quienes producen los estudios. El molde y los principios de análisis son marcadamente estadounidenses; otras naciones se convierten en meros "casos", en menoscabo de las características culturales del pueblo que vivió la experiencia histórica a tratar. El libro de Edwin Lieuwen puede ciertamente ser uno de esos estudios.

Lieuwen se ha interesado en el papel político de los militares en Iberoamérica. Varios de sus libros están considerados en los Estados Unidos como pioneros en la materia. Al ocuparse del caso de México, Lieuwen presenta una veloz descripción del medio siglo de historia que va del régimen porfirista a las elecciones de 1940, con un apéndice para el período 1940-1965.

El tratamiento de los primeros veinte años de la Revolución es especialmente deficiente. Es factible que esto se deba en buena parte a las fuentes en las que el autor basa la mayoría de sus afirmaciones. Aunque parezca sorprendente, Lieuwen transcribe sin vacilación muchas opiniones del embajador Henry Lane Wilson, cuya participación en la política mexicana se ha prestado a tanta discusión.

Otra fuente es la obra de Vicente Blasco Ibáñez, *El militarismo mejicano*, publicada en Valencia en 1920. Extrañamente Lieuwen olvida el libro de Jorge Rueda, *Pluma falsa* (México, 1920), escrito para defender al gobierno mexicano de los ataques desmedidos y pasionales del novelista español. Rueda menciona intereses creados que difícilmente avalan las opiniones de Blasco Ibáñez. Para el período carrancista, Lieuwen presta gran aten-

ción al punto de vista de los intereses estadounidenses en Tampico, aunque no es fácil que los grupos petroleros tuviesen una imagen objetiva de Carranza.\*

A partir del gobierno de Obregón, el autor se mueve con mayor comodidad. Con todo, al igual que muchos de sus colegas, Lieuwen muestra una marcada antipatía por los movimientos revolucionarios. Esto se desprende de la selección de los eventos a comentar en una obra que está lejos de describir el período con detenimiento.

Para los intelectuales de los Estados Unidos, el cambio social violento es inmoral. Lieuwen no es una excepción, y así lo deja saber al referirse con desagrado al clima de la Revolución Mexicana. Con detalles triviales de violencia individual, pretende pintar una imagen clara de un movimiento social de las dimensiones de la Revolución de 1910.

De acuerdo con este criterio, los militares mexicanos aparecen como personajes desagradables más que nada por su afición al lucro y a la vida disipada. Los gobiernos revolucionarios instituyeron reformas administrativas y educacionales orientadas a lograr la profesionalización del ejército. Para Lieuwen, estas medidas se vieron desvirtuadas al máximo por la conducta inmoral de los generales. A esto es a lo que el autor llama el "militarismo mexicano" y de ahí que su libro en última instancia no expique el por qué hoy en día los militares no gobiernan México. Esto proviene en gran parte de la confusión en el libro entre "lo militar" y "militarismo".

El término *militarismo* apareció en Francia en boca de los republicanos y socialistas enemigos del Segundo Imperio. El término desde un principio estuvo íntimamente asociado al concepto paralelo de *imperialismo*. Militarismo denota mucho más que la dominación de los militares sobre el proceso político. Implica la exaltación de las virtudes militares, la supremacía de los ideales y escala de valores militares hasta permear toda la sociedad, convirtiéndose en factor dominante en las tradiciones, artes y ocupaciones de un pueblo. El militarismo asocia las ideas marciales al sistema educativo nacional y mantiene bajo el servicio de las armas a amplios sectores de la población. Asimismo, comparte con el imperialismo el deseo de expansión territorial y dominio de otras naciones a través del uso de la fuerza militar. (Véase Alfred Vagts: *History of Militarism*, Nueva York, 1959). En México este fenómeno nunca se ha presentado.

---

\* La obra de Thomas E. GIBBON: *Mexico under Carranza*. Nueva York, Garden City, 1919, deja ver claramente el conflicto entre Carranza y los intereses extranjeros de la industria petrolera.

Lo que Lieuwen llama "militarismo mexicano" es la lucha por el poder de un buen número de dirigentes producto de una lucha guerrillera que careció de unidad ideológica. La Revolución Mexicana fue un enorme levantamiento popular capitaneado por civiles forzados por las circunstancias a convertirse en soldados. La Revolución no tuvo una ideología o un partido político que unificase el mando y estratificase el poder. La jerarquía militar fue el único sistema disponible para tal fin.

Los *divisionarios* carecieron de preparación militar científica o académica que crease en ellos un espíritu de cuerpo y un sistema de valores suficientemente sólido como para crear una casta hereditaria. Ciertamente que la intriga política abarcó décadas, pero es que la Revolución fue hecha por hombres jóvenes. Baste recordar la edad de Madero y Villa, o que cuando Lázaro Cárdenas se unió a la rebelión de Agua Prieta tenía veinticinco años de edad y ya era general.

Así se explica el sincero deseo de los presidentes por reducir la influencia política de los militares. También se comprende por qué los generales no transmitieron a las nuevas generaciones una concepción pretoriana de la sociedad. Es necesario mencionar, así sea de paso, que la imagen del ejército de hoy no puede ser estudiada con profundidad sin el conocimiento detallado de la historia del siglo diecinueve. Desgraciadamente este no es el caso con el libro en cuestión.

Todo esto disminuye el valor de la información y el análisis de Lieuwen. Habría sido de mayor provecho analizar el papel del Congreso Constituyente desde este punto de vista, que emprender malabarismo académico de clasificar a los delegados uno a uno en "izquierda", "derecha" o "moderado", como lo hace el autor.

El interés del libro puede radicar en ciertos detalles técnicos. Aunque la bibliografía es amplia, la mayor parte de la información utilizada en el texto proviene de los archivos del gobierno estadounidense. Resulta revelador conocer el contenido de los partes enviados desde México, pues seguramente influyó en la política mexicana de los Estados Unidos.

Finalmente, el autor atribuye la caída del régimen porfirista a la ineptitud del ejército para defenderlo, y no a la presión popular o las condiciones generales del país. Dado que Lieuwen ha sido en Washington consejero para asuntos latinoamericanos (1955-1957), vale la pena recordar esta afirmación del especialista en ejércitos iberoamericanos.

Jorge Alberto LOZOYA  
El Colegio de México